

ANDROCLES Y EL LEÓN

Érase una vez, en tiempos de los romanos, un esclavo que, en un descuido de su amo, logró escapar. En cuanto se dieron cuenta de que había huido, enviaron soldados a buscarlo.

El joven, de nombre Androcles, se había ocultado en una selva cercana, pues temía menos a las fieras que allí pudiera encontrar que a los soldados del emperador.

—¿QUÉ SERÁ ESO? Parecen rugidos tristes, lamentos... Algún animal debe estar herido...

Y así era; un impresionante león se lamentaba y lamía una de sus patas delanteras.

Androcles sintió tristeza por el animal y, olvidándose del miedo, se acercó muy despacio al león, mientras le hablaba con ternura.

—No temas, no voy a hacerte daño. Me gustaría ayudarte. ¿Me dejas mirar qué te sucede en la pata?

Y, como si el animal hubiera comprendido sus palabras, extendió su pata delantera y se la mostró al esclavo.

—Muy bien. Veamos qué te pasa... Bueno, no es gran cosa, puedes estar tranquilo. Solo es una astilla clavada en tu pata. Te la quitaré en un instante. Pronto estarás bien.

Con mucho cuidado, Androcles extrajo la astilla de la pata delantera del león. Como la herida sangraba, rasgó su camiseta y vendó la pata del león con la tela.

—Bueno, creo que ya está. A ver si puedes caminar.

El león se puso de pie. ¡Qué imponente resultaba su figura al lado de Androcles! Tal era el tamaño del animal que el joven empezó a sentirse verdaderamente asustado; pero el león, en señal de agradecimiento, comenzó a lamer sus manos.

—¡Eh, eh! Me haces cosquillas con la lengua... ¡Ja, ja, ja! Bueno, muchacho, debo seguir mi camino. Los soldados no tardarán en encontrarme si continúo aquí. Buena suerte, amigo.

Y, tras acariciar la melena del león, Androcles continuó su camino, dejándolo atrás. Pero, un instante después...

—¡Alto ahí! —ordenó un soldado—. ¡Detente, esclavo! Obedece a los soldados del emperador. Y, ustedes, ¡APRESEN AQUEL LEÓN!

Inmediatamente, una enorme red cayó sobre el león, al tiempo que dos soldados inmovilizaban al pobre Androcles.

—Quieto, fiera... No te resistas, no puedes hacer nada.

—Sujeta fuerte la red y guarda el látigo... Solo conseguirás enfurecerlo más.

—¡Dejen al león! —suplicó Androcles—. No les hizo nada, dejen que se marche.

—Este esclavo... ¿Sientes tristeza por el leoncito...? Ya veremos si te pasa lo mismo cuando te toque enfrentarte a ellos en el Coliseo...



Pobre Androcles, qué poco le había durado la libertad. Ahora sí estaba perdido. Iría directo a las mazmorras y, en pocos días, sería lanzado a los leones, pues esa era la pena con la que castigaban a los esclavos que se escapaban.

Pasado un tiempo, llegó su día. Lo hicieron salir del calabozo y lo condujeron por un largo pasillo. Al fondo, podía ver una gran puerta y, luego, la luz del sol. De pronto, Androcles estaba en mitad de la arena del Coliseo, a la espera de que se abriera la puerta de los leones.

—*¡Santo Cielo! ¡Estoy perdido!*

Rendido, se arrodilló ante la algarabía del público que abarrotaba las gradas del anfiteatro romano. Enseguida, un enorme león hizo su aparición.

Con los ojos cerrados, Androcles esperaba aterrado su final. No había salida posible. El león, con unos ojos relucientes y desconfiados que dejaban helado a cualquiera, se acercó lentamente. A punto de lanzarse sobre su presa, se detuvo en seco, lo rodeó despacio, dio un enorme rugido que silenció a todos en el graderío y se sentó junto a Androcles. Un rumor comenzó a recorrer las gradas y el palco imperial.

—*¡No es posible! ¡Eres tú! ¡Estás vivo...! ¡Cuánto me alegro de verte!* —exclamó Androcles.

Y, ante la atónita mirada de todos, Androcles **ABRAZÓ A SU AMIGO**, que respondía a las caricias del esclavo con lametones de auténtico afecto. El emperador no podía creer lo que veían sus ojos.

Interesado por aquel joven que lograba amansar a las fieras, quiso conocer su historia.

—*Majestad, encontré a este león herido en la selva. Lo curé y lo ayudé para que volviera a caminar. Ahora, él me devuelve el favor.*

—*Si el león permite que vivas, es ley que lo hagas. Te concedo la libertad, a ti y a tu amigo el león. No seré yo quien impida una amistad como esa. Vete en paz y lleva contigo al león.*

El emperador ordenó colocarle un collar al león con el escudo real, para que nunca nadie se atreviera a cazarlo. Al joven Androcles le hizo entrega de unas hectáreas de tierra para que las cultivara y pudiera vivir tranquilo. Y es que aquel emperador parecía conocer el valor de la amistad.



*Quien tiene un amigo
tiene un tesoro.*